



**Sainte Marie Eugénie de Jésus**

**8 de abril de 1881<sup>1</sup>**

### **Siete palabras de Jesús en la Cruz**

Mis queridas hijas:

No es posible estar al pie de la Cruz de nuestro Señor sin dejarse penetrar por las últimas palabras que pronunció. Habéis meditado muchas veces estas palabras. Os las han explicado casi todos los años el Viernes Santo. Sin embargo, me parece que deberíamos considerarlas juntas, desde un punto de vista que nos afecta más particularmente, como religiosas.

Cuando estamos junto al lecho de un moribundo, cuando hacemos esta última vigilia junto a nuestros seres queridos, ¡cómo guardamos en el corazón las últimas palabras pronunciadas! Si llevan el sello de la virtud, de la bondad y de la santidad, ¡cómo penetran en el alma y causan una profunda impresión! ¡Cuánto más cuando son las mismas palabras de Nuestro Señor!

Fijaos que lo que dicen sobre todo las tres primeras es la infinita bondad de nuestro Señor. Aquí está rodeado de ultrajes, en medio de los sufrimientos más horribles. Está clavado en la cruz, a punto de morir en la agonía más cruel, y está completamente preocupado por los demás, diciendo sólo palabras de disculpa y consuelo. La primera de todas es ésta: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*<sup>2</sup>.

Nuestro Señor ya nos había enseñado a decir en el Padrenuestro: *Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden*<sup>3</sup>. Esto parece una virtud elemental, pues todo cristiano está obligado a practicarla. Pues bien, no es una virtud que se encuentre plena, completa e íntegra en todas las almas religiosas. A veces queda una huella, un recuerdo de lo que ha dolido, de lo que ha sido doloroso. Esto es lo que el Señor quiere destruir en vosotras, cuando dice: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*. Lo dijo de sus enemigos más crueles, de los pecadores empedernidos que no se convertían. Esta palabra se aplicaba a Pilatos, a Judas que tal vez no había terminado aún su triste vida, a Herodes, a los que evidentemente morían en la impenitencia final, como se aplicaba a los que estaban al pie de la cruz y se convertían. *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*.

Con estas palabras, quiero que aprendáis a entrar en el corazón de nuestro Señor. Él no es más que amor y misericordia, y ante todos los insultos y todo el mal que le hacen, sólo responde con deseos de salvación.

Sé muy bien que, durante la vida del hombre, el Señor silencia la justicia divina y deja hablar sólo a la misericordia. Después, si el hombre se endurece, su desgracia es eterna. El Señor no os pide otra cosa, hermanas mías. Os pide que, a lo largo de vuestra vida, vuestro corazón se llene de esta palabra: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*. Que esta palabra esté en vuestros labios incluso ante las cosas más duras. Os pueden suceder a vosotras, como les han sucedido a otros. Los mártires sentían lo mismo: rezaban por sus perseguidores y obtenían la

---

<sup>1</sup> Fiesta de la Compasión

<sup>2</sup> Lc 23, 34.

<sup>3</sup> Mt 6, 12.

conversión de sus verdugos. Lo vemos en el caso de los cuarenta mártires de Sebaste: uno de sus guardias se convirtió y se unió a ellos para recibir la corona del martirio, porque habían rezado por él.

La segunda palabra es para el ladrón. Nuestro Señor da aquí, a todos los pecadores penitentes, un consuelo supremo. Todo pecador penitente que sufre con Jesucristo, que une sus sufrimientos a los de Jesucristo -pues hay que sufrir para reparar y ser perdonado- oye estas palabras: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso*<sup>4</sup>. Esto es lo que dijo al gran pecador que recurrió a Él.

¿Hay un momento en tu vida, un momento de turbación, de angustia, de pena o de emoción, en el que creéis que sólo podéis miraros a vosotras mismas y decir: "¡Sufro tanto... soy tan desgraciada...! Mirad siempre a nuestro Señor en la Cruz. No está preocupado por sí mismo en ese momento supremo; está preocupado primero por sus verdugos, después por el pecador penitente. Inmediatamente después, se ocupó de cada una de nosotras, de ti, de mí, ocupándose de la Santísima Virgen. *Mujer*, le dijo, *he ahí a tu hijo*<sup>5</sup>; luego, dirigiéndose a vosotras, a cada una de vosotras, dijo: *Hija, ésta es tu madre*.

En ese momento, nos dio lo que le era más precioso, lo que, en cualquier estado en que nos encontremos, debe asegurar nuestra salvación. Nos dio una madre en la Santísima Virgen. Ella, que tenía que hacer un sacrificio tan grande, nos aceptó. Nuestro Señor sabía muy bien que daba a la Santísima Virgen unos hijos indignos de ella. *En efecto* -dice San Bernardo-, *¡qué cambio! El siervo en lugar del señor, el hijo de Zebedeo en lugar del Hijo de Dios, una criatura en lugar de Jesús*<sup>6</sup>, y no sólo una criatura como San Juan, sino una criatura como vosotras.

Miraos en los ojos de la Santísima Virgen y decidle: «Nuestro Señor te dio por madre, me dio para que fuera tu hijo». ¡Qué hija más cobarde, disipada, ligera de corazón, que lleva dentro las inclinaciones del pecado original y de todos los pecados capitales! Pero soy tu hija, y como mi madre, siempre quieres cuidar de mi alma. Hasta mi último suspiro serás mi madre, y siempre podré contar contigo y dirigirme a ti”.

San Alfonso de Liguori no duda en afirmar que la frecuencia del pecado, la abominación del pecado, la miseria del hijo, nunca alejan a la madre. Por consiguiente, en cualquier estado en que nos encontremos, en cualquier estado en que caigamos, siempre podemos recurrir a María, porque su papel es el de la misericordia.

Ella ofrece a Jesucristo, lo ofrece por nosotras. Se convierte en nuestra madre. En cualquier momento de nuestra vida en que la necesitemos, siempre encontraremos en ella ayuda y apoyo. Si los grandes pecadores, en medio del naufragio de todo lo demás, conservaran esta confianza en María, se salvarían, porque la Santísima Virgen les obtendría las gracias necesarias para su salvación.

Comprended, hermanas mías, en medio de qué sufrimientos fueron pronunciadas estas tres grandes palabras de bondad, misericordia y amor de Nuestro Señor. Cuando, en medio de los sufrimientos del alma y del cuerpo, una persona sólo piensa en los demás, nos asombramos y la admiramos, como hemos hecho recientemente por nuestra pobre hermanita Marie-Clémentine. Es raro, es una gran virtud. Es una imitación de nuestro Señor Jesucristo, que hizo esto en la cruz.

Las demás palabras de Nuestro Señor se dirigen todas a Dios. Nuestro Señor había hablado a los hombres con misericordia y bondad. Luego, volviéndose hacia su Padre, dijo: *¡Tengo sed*<sup>7</sup>! Estas palabras son las más misteriosas de todas. Sin duda, Nuestro Señor tenía mucha sed, y la última burla de sus enemigos fue ofrecerle hiel y vinagre, pero también tenía sed de almas, y dijo a Dios: «Concédeme almas; por ellas te doy mi sangre y mis dolores». En este sentido dijo esta palabra: *Sitio*, que ha sido objeto de meditación para tantas almas.

---

<sup>4</sup> Lc 23, 43.

<sup>5</sup> Jn 19, 26.

<sup>6</sup> *Sermón sobre las 12 estrellas*, 2º nocturno de la fiesta de Nuestra Señora de los Siete Dolores.

<sup>7</sup> *Sitio*. Jn 19, 28.

Luego dijo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*<sup>8</sup> Estas palabras nos llevan a lo más profundo de los dolores de Nuestro Señor. En aquel momento no eran sólo los dolores de la agonía, sino los dolores del alma los que Jesús aceptaba y expresaba de este modo. Estaba allí cubierto de nuestros pecados, golpeado por Dios; estaba allí como un leproso, convertido en objeto de abominación, Él que era el Hijo amado del Padre y el objeto de todas las complacencias divinas. Su alma pasaba por una angustia que las almas santas han compartido, aunque desde lejos. Estas palabras, intercambiadas entre Jesucristo y Dios, nos muestran el precio que pagó por nuestras almas.

Después dice: *Todo se ha consumado*<sup>9</sup>. He pagado por las almas, he hecho todo lo que me pediste, he cumplido todo lo que me propusiste. *Todo está consumado*.

Finalmente, sus últimas palabras fueron éstas: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*<sup>10</sup>. Estas palabras se repiten todos los días en Completas. La Iglesia las ha adoptado para la oración vespertina, y debemos sacar de ellas la consecuencia de que, cada noche, debemos estar en estado de poner nuestra alma en las manos de Dios. ¿En qué consiste nuestra vida? Consiste en días, hermanas mías. Uno será el último, y nadie sabe cuál. Por eso, que cada día se arregle con Dios, para que al atardecer podamos poner nuestra alma en sus manos con toda tranquilidad. Hay faltas durante el día, por eso hacemos el examen de conciencia y el acto de contrición. Cada noche, debemos poner nuestra alma en las manos de Dios, como si no fuéramos a despertar nunca más, uniéndonos a nuestro Señor al decir sus últimas palabras: *¡En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu!*

Cuán pura y ferviente debe ser nuestra vida, para unirnos a las palabras de nuestro Señor: *¡En tus manos encomiendo mi alma!* Cómo debe orientarse todo nuestro día hacia este pensamiento de que al atardecer tendremos que entregar nuestra alma en las manos de Dios. Si somos culpables, con verdadera contrición por nuestras faltas; si hemos sabido cumplir la voluntad de Dios, con el pensamiento consolador de que le hemos sido agradables. Nos ponemos siempre en sus manos, llenas de confianza en su misericordia. Tomamos cada día como el último, mientras estamos dispuestas a recomenzar el siguiente, estando seguras sólo del día que comienza y que, al terminar, puede no recomenzar.

Cada una de estas palabras de Nuestro Señor quedó grabada en el corazón de la Santísima Virgen. Ella estaba al pie de la cruz. A veces se representa a María con siete espadas atravesando su corazón, y podemos decir que estas siete palabras eran otras tantas espadas de amor. Ella conocía a Jesucristo mejor que nosotras. Sin embargo, estas últimas palabras, tan llenas de misericordia, perdón e indulgencia hacia los pecadores, tan llenas de la bondad de Dios, traspasaron de amor y compasión el corazón de la Santísima Virgen.

Qué dolor sintió al oír estas palabras: *¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado!* La Santísima Virgen aceptó su sacrificio y, al pie de la cruz, hizo de sacerdote inmolando a la víctima. ¡Cómo debió de sufrir al oír aquellas palabras! Podía tener la esperanza de que al menos Dios sostenía a su Hijo, tan santo y perfecto, cuyo cuerpo había sido destrozado por los hombres, y veía que su alma no estaba menos destrozada. Qué dolor sintió también al oír aquellas últimas palabras: *¡En tus manos encomiendo mi espíritu!* Cuando comprendió que todo había terminado y que él dejaba este mundo.

Hoy celebramos la fiesta de la Compasión de la Santísima Virgen. Poneos con ella al pie de la cruz, mirad a Jesús con ella y como ella. Mirad esa terrible corona de espinas, esas manos y pies traspasados, ese cuerpo atormentado por el dolor, atado a la cruz, esa cruel agonía. Intentad comprender toda la ternura, el amor y la compasión que sintió el corazón de María ante cada palabra que salía de los labios de Jesucristo, y finalmente ante la última palabra que marca la consumación del sacrificio.

---

<sup>8</sup> Mt 27, 46.

<sup>9</sup> *Consummatum est*. Jn 19, 30.

<sup>10</sup> *In manus tuas commendo spiritum meum*. Lc 23, 46.

Esta es el alma de la vida religiosa: el amor de Jesús y de María, pero un amor generoso que entra en todas sus disposiciones. Si, después de meditarlo durante mucho tiempo, seguís guardando algún resentimiento, si no estáis dispuestas a daros vosotras mismas, si no estáis dispuestas a procurar cuidar de los demás más que de vosotras mismas, si no estáis dispuestas a conservar vuestra alma lo bastante pura para poder ponerla en manos de Dios todas las noches, o para lavar con las lágrimas de la contrición lo que haya podido mancharla, no estaréis dispuestas a dar los frutos que Dios espera de vosotras.

Así como hemos dicho que siempre podéis recurrir a la Santísima Virgen, en cualquier estado en que os encontréis, así también podéis pedirle todas estas cosas. Ella os las puede conseguir y os las quiere conseguir. Sois sus hijas, quiere elevaros, quiere que en todo tengáis sentimientos que correspondan a los de su corazón inmaculado, a los de su alma purísima, santísima, unidísima a Nuestro Señor.